

El Escorial según el Barón de Davillier y Gustavo Doré

Pedro PAYÁN SOTOMAYOR
Universidad de Cádiz

- I. Por los viejos caminos de España.**
- II. Los autores del *Viaje*.**
 - 2.1. *El Barón Davillier, el cronista.*
 - 2.2. *Gustave Doré, el ilustrador.*
- III. El libro.**
- IV. El texto referente a El Escorial.**
- V. Conclusión.**

I. POR LOS VIEJOS CAMINOS DE ESPAÑA

Desde la guerra de la Independencia, y aun antes, ¡cuántos viajeros por los viejos caminos de España!... Y son los franceses quienes se vuelcan con más frenesí. Arqueólogos, soldados, políticos, pintores y literatos recorren España incansablemente durante más de medio siglo¹.

Inicia esta brillante serie Alejandro de Laborde, con sangre española en sus venas y un generoso amor a lo nuestro. Su *Voyage Pittoresque et Historique* es un admirable catálogo monumental de España. Con el *Itinéraire* de Laborde en sus mochilas pisaron el suelo hispánico los soldados de Napoleón. Algunos quedaron para contarlo. ¡Qué áspera visión de España la de esos soldados, la de Blaze, por ejemplo! *Mémoires d'un apothicaire (1808-1814)* fueron escritas por este boticario —Marie-Sebastien Blaze—, quien como tal estuvo agregado a un hospital en Madrid. De su libro ha dicho Jean-Achille Bertrand (*Sur les vieilles routes d'Espagne*) que es un cuadro de la España en guerra. A pesar de ésta, Blaze, «que amaba a España y deploraba la tragedia», se interesó algo por la vida española, costumbres y carácter.

La España pintoresca ya está presente en el Barón Taylor (*Voyage Pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la cote d'Afrique, de Tanger á Tétouan (1826)*). Este autor unió a una visión monumental de España esa otra de los toros, las posadas, los bandidos. Taylor abrió los ojos de los escritores románticos franceses, no sólo hacia los monumentos, sino también hacia lo pintores-

1. Cf. FERNÁNDEZ HERR, E., *Les origines de l'Espagne romantique*, París, Didier, 1973; GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1952, 3 vols.; HOFFMANN, L. F., *Romantique Espagne*, París, Presses Universitaires de France, 1961.

co. Y no faltó quien, como Quinet, al advertir nuestros múltiples contrastes, intentase descubrir el ser de España.

Dumas sintió la atracción de la aventura de España y escribe sus aventuras de París a Cádiz ². ¿Quién no lee en España *El Conde de Montecristo*? En 1846 lo más importante aquí era el propio Dumas, lo que le ocurriese a Dumas en nuestras ciudades y campos. Gautier, más objetivo, trazó –un poco antes que Dumas– una descripción feliz de España, con predominio de lo pintoresco ³.

Viajeros y más viajeros. Así hasta que en 1862 vienen a España, a aposentarse en sus maldecidas posadas, a viajar en diligencia, o en tartana, o en galera, o en tren, o a caballo; a conocer sus monumentos y a embriagarse de color local –en trance de desaparición–, otros dos franceses, el Barón Charles Davillier, Caballerizo Mayor de Napoleón III, Emperador de los franceses, y Gustave Doré, maravilloso ilustrador de libros.

Un desasosegado afán empuja a Doré a tierras de España. Había ilustrado ya, antes de su viaje, la *Divina Comedia*, los *Cuentos de Perrault*... Las locas proezas del ingenioso hidalgo español *Don Quijote de la Mancha* escritas por Cervantes tiraban tanto de su prodigiosa imaginación, que un día arranca de Davillier, entusiasta hispanista, la promesa de un viaje por España. Davillier será su guía –y el nuestro–. La única condición puesta por el Barón a Doré fue que, hecho el viaje, nos regalase con un *Quijote* ilustrado. La editorial Hachette publicaba por aquel tiempo una famosa revista de viajes, *Le Tour du Monde*. Davillier y Doré se comprometieron a enviar sus impresiones de camino a la citada revista, donde fueron publicadas, por entregas, desde 1862 hasta 1873. Más tarde, en 1875, la casa Hachette reunió en libro, traducido a las principales lenguas de Europa, las dispersas entregas de *Le Tour du Monde*.

...Pero ¿qué España venían a ver estos dos franceses? Nuestro país se encontraba entonces en un momento crucial. Los ferrocarriles estaban extendiéndose por la Península. En Barcelona apenas si quedaba «color», pintoresquismo. Las fábricas habían dado lugar al nacimiento de una nueva clase. Ya no salían al camino los bandoleiros. Los trajes típicos iban desapareciendo. Una nueva España intentaba abrirse paso, con revoluciones, telégrafo y ferrocarriles,

2. DUMAS, A., *Impressions de voyage. De Paris a Cádiz*, París 1847-1848. Hay una edición española reciente: Cádiz, Sílex, 1994.

3. GAUTIER, T., *Voyage en Espagne*, París 1845.

entre las ruinas y las huellas de la vieja. Durante todo el siglo XIX Europa mira con inquietud lo que pasa en España. Davillier y Doré, acuciados por el peligro de lo moderno, quieren reflejar, inventariar una España que va a desaparecer. Romántica angustia, extraordinaria y nostálgica prisa, mueve a estos dos hombres por los caminos de nuestra patria.

II. LOS AUTORES DEL VIAJE

2.1. *El Barón Davillier, el cronista*

El 1 de mayo de 1883 muere en París el Barón Jean-Charles Davillier, Caballero Mayor de Napoleón el Chico, Comendador de la Orden de Carlos III. Ante su tumba pronunció unas palabras evocadoras de la noble vida del Barón su amigo Paul Eudel, que luego recogió en un folleto existente en la Biblioteca Nacional de París. Desconocemos lo que se dice en el folleto, del que sólo se tiraron doscientos ejemplares, pero la vida de Davillier puede resumirse en dos palabras: anticuario e hispanista. En las notas necrológicas que a su muerte se publicaron no falta la presencia de España, su inextinguible amor a España. Pedro Prat, corresponsal en París de la revista madrileña *Ilustración Española y Americana*, dijo entonces: «El francés más entusiasta admirador de España ha bajado al sepulcro». Ser hispanista en los tiempos de Davillier era una aventura. Con gozo de muchacho sonriente se entregó el Barón a la aventura de la cultura española.

Jean-Charles Davillier había nacido en Ruán el 27 de mayo de 1823. Era nieto de un gobernador del Banco de Francia, Par del reino. Estudió en los colegios de San Estanislao de Kotska y en el de San Luis. Desde muy joven se dedicó a viajar por Europa. Si la pasión dominante de su vida fue la cerámica, sus búsquedas le llevaron a fijar su atención también en los muebles, en los marfiles, en los tapices, en las joyas, en la talla, en los vidrios... Y estudia y escribe sobre la loza y la porcelana, las subastas y los tapices... Con todo, sus libros más interesantes son los de asunto hispánico. Cada libro hispánico del Barón de Davillier constituía una revelación en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX. Si el buen Barón francés pasa a la Historia, es por sus «descubrimientos» —en el siglo XIX hubo que «descubrir» cuanto se había olvidado en el XVIII—; sí, por sus «descubrimientos» en tierras de España, por su magnífica

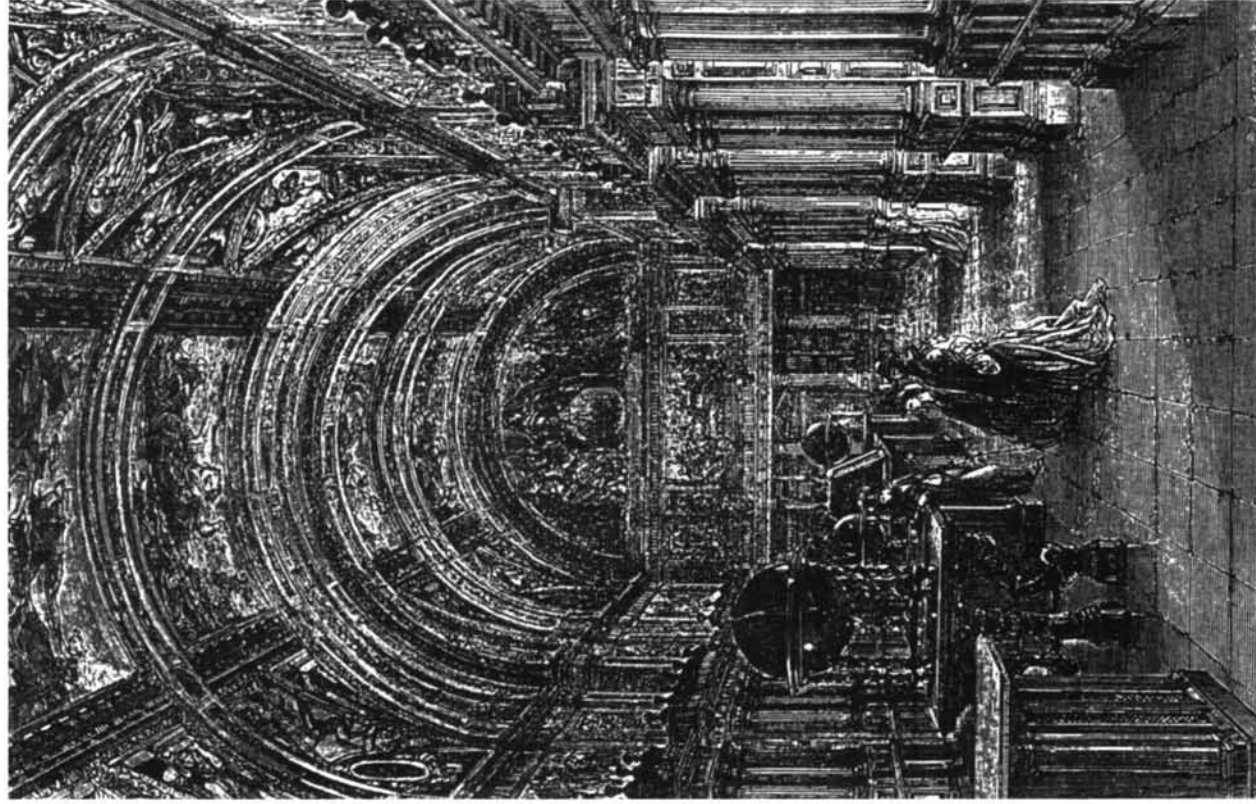
aventura española. En París llegó a ser el árbitro indiscutible de antigüedades españolas. «El Barón Davillier, célebre en ambos mundos como coleccionador, como amateur de cuanto era arte –ha dicho Prat–, ha restaurado, ha dado a conocer a Europa los tesoros artísticos de la Península..., él fue quien, cansado de leer en su patria tanto disparate sobre los usos y costumbres del país de su predilección, se unió a Gustavo Doré para recorrer la Península..., y al estampar en su libro *L'Espagne* sus impresiones de viaje destruyó para siempre las falsas leyendas que eran en Francia moneda corriente». Davillier, por naturaleza y afición, era el embajador de España en París, el destructor del Pirineo de prejuicios que muchas veces separaba a españoles y franceses. Davillier vivía en un palacete de la parisina *rue Pigalle*. Allí recibía los lunes a sus amigos. Decir los nombres de estos amigos es nombrar a un pujante grupo de investigadores, artistas, poetas... Los lunes franceses del hotel de la *rue Pigalle* y las muchas tardes españolas no se cerraban sobre sí mismos, sino que se comunicaban abiertamente.

2.2. *Gustave Doré, el ilustrador*

Gustave Doré nació el 6 de enero de 1832, en Estrasburgo, y murió en París el 20 de enero de 1883. Fue un ilustrador infatigable de grandes obras literarias, que se difundieron por toda Europa. Puede decirse que Europa se «doreizó», se acostumbró a ver, a imaginar los personajes y las situaciones de determinadas obras a través de los rasgos con que Doré las interpretó. La identificación, por ejemplo, de Doré y Cervantes, en el caso del *Quijote*, no es una más, sino excepcional. Pocas obras literarias han sido tantas veces ilustradas, a lo largo de los siglos, como el *Quijote*. Pero ningún ilustrador, entre los extranjeros, se preparó tanto para realizar esa tarea; ninguno tuvo tampoco un consejero y un guía conocedor de España y de su cultura como el Barón Davillier.

La ilustración del *Quijote* y la del *Viaje por España*, que ahora nos ocupa, no responden a simples encargos editoriales, sino que fueron fruto de la pasión hispánica sentida por Doré. El ilustrador de tantas obras magistrales de la literatura universal, «ha hecho, con el *Quijote*, acaso su mejor obra», según Buero Vallejo⁴. A Doré le debemos nuestra visión figurada de don Quijote y Sancho. Los españoles reconocemos las suyas como las «verdaderas».

4. BUERO VALLEJO, A., *Gustavo Doré*, 1949.



El Escorial. Biblioteca.

En cuanto a los dibujos del *Viaje por España*, con ellos ocurre algo semejante: nos dan la España de aquel entonces, la reconocemos como tal. En otros podremos encontrar acaso una imagen más bella, tal vez más artística o más personal de España, pero la España de 1860, teñida todavía de cierto pintoresquismo, ya en trance de desaparecer, nos resulta veraz gracias a la interpretación de Doré. Muchos de sus dibujos en este *Viaje por España* tienen calidades añadidas a su valor dibujístico o artístico, de cámara fotográfica.

La veracidad de los monumentos dibujados por Doré, aunque romántico rezagado, contrasta grandemente con la exageración romántica, aunque hermosa, de las litografías, anteriores, de Pérez Villamil. No cabe duda de que Doré, como base y documentación, utilizó fotografías del británico Charles Clifford y de otros, para dar exactitud a determinados dibujos suyos. El reportaje gráfico de Doré fue el último que se hizo con una técnica que había prevalecido en los decenios antepenúltimos del siglo XIX: la del grabado en madera.

Doré, rápido y elocuente dibujante —«Castelar del dibujo» le llamó Pompeyo Gener—, pudo captar sobre el terreno mismo la variedad española: tipos, monumentos, paisajes. Gustave Doré, al iniciarse la publicación del *Viaje*, era ya un dibujante de fama europea, un magnífico ilustrador de libros. Davillier, en cambio, no había logrado sobrepasar el limitado círculo de su erudición. Sin embargo, estos dos hombres de genio dispar lograron establecer una perfecta colaboración. La sinfonía española de Doré pudo ser ejecutada gracias a la orquesta —modesta, pero atenta— de las páginas de Davillier ⁵.

III. EL LIBRO

«Desde hacía mucho tiempo, mi viejo amigo Doré me hablaba de su deseo de ver España», así comienza Davillier su relato. Como si su papel se redujese únicamente a servir de guía a Doré. Davillier había viajado ya por España nueve veces por lo menos —hay quien las eleva a una veintena—, como ávido anticuario arrebatado luego

5. Sobre Doré pueden consultarse: DELORME, G. D., *Gustave Doré, peintre, sculpteur, dessinateur et graveur*, 1978; FURNAL, V., *Les artistes français contemporains*, 1884; HARTLAUB, *Doré*, 1924; ROOSSEVELT, B., *Life and reminiscences of Gustave Doré*, 1892.

por la magia de la tierra española. Un viaje más por España y en compañía de un gran dibujante en la cumbre de su carrera artística, era ocasión que no dejaría de entusiasmar al Barón. Sin embargo, las palabras iniciales de su descripción de España vuelcan toda la responsabilidad del viaje en Doré. Pero las cosas debieron suceder muy de otro modo. «Le había dicho más de cien veces –cuenta el Barón Davillier– que él era el pintor que debía darnos a conocer España». Doré animaba a Davillier, sí, porque éste había suscitado anteriormente en el gran dibujante una enorme curiosidad y entusiasmo.

Lo que Davillier quería enseñar a Doré eran los descendientes de una España, vencida en los combates de la historia, pero rica aún en huellas del pasado, de un pasado cuyas huellas más interesantes eran los españoles mismos, su misma tierra española. En 1605 un hidalgo de la meseta había publicado un libro, mezcla de realidad y de fantasía. Los personajes de ese libro vagaban aún por los campos españoles. En el escenario de sus aventuras y de sus proezas crecían aún los enorme cardos, se levantaban aún los cuerpos extraños de sus molinos de viento. Con firme acento dice Davillier a su amigo: «Nos regalarás a tu regreso un espléndido *Quijote*, muy español, con paisajes verdaderamente españoles, impregnados del sol y de este color local de que te habrás imbuido una vez que recorras los polvorientos caminos de la Mancha, pisados por el valiente manchego y su fiel escudero».

Lo cierto es que un buen día –quizá corriendo el año 1861– ambos, el anticuario y el dibujante, decidieron venir a España. Les acompañó un tercero, hermano de Davillier, solamente mencionado por el Barón una vez al principio del *Viaje*. Se apresuran a recoger, con la pluma y con el lápiz, los últimos destellos de una España que va a desaparecer: la España pintoresca.

Se podrá decir que Davillier no era el escritor adecuado para emparejar con Doré; que su prosa resulta neutra en comparación con la vivacidad doreana. Pero también es justo señalar que Davillier realizó un estimable esfuerzo en orden a que su texto narrativo no desmereciese de las estampas doreanas. El texto y las estampas se compenetran muchas veces. La afición de Davillier iba por los monumentos, las joyas, la cerámica; la de Doré se encaminaba más a la absorción romántica de España. Pero ¡qué intenso sabor pintoresco se advierte en las páginas de Davillier! Lo pintoresco español, a pesar de que venía despuntando desde Laborde, tiene su flo-

ración en el *Viaje por España* de Gautier. Davillier conocía sus propias limitaciones. No le importó seguir a Gautier, con tal de aportar al lector una amplia visión de España. Lo pintoresco –plástico y literario– proporcionan una honda comunidad entre Doré y Davillier, atraído éste siempre por la magia del dibujante. De lo pintoresco a lo humano. He aquí el itinerario secreto de los dos amigos ⁶.

IV. EL TEXTO REFERENTE A EL ESCORIAL ⁷

«El Escorial está a corta distancia del Pardo. Dirijámonos hacia el célebre monumento que muchos escritores españoles han llamado *la octava maravilla del mundo*, e incluso la única.

EL ESCORIAL. EL VOTO DE FELIPE II. EL ARQUITECTO JUAN BAUTISTA DE TOLEDO. CORNELIO, EL GUÍA CIEGO. LA PARRILLA DE SAN LORENZO. EL PATIO DE LOS REYES. EL RELICARIO. EL PANTEÓN Y EL PUDRIDERO. EL SEPULCRO DEL INFANTE DON CARLOS. LA BIBLIOTECA DEL ESCORIAL. LAS HABITACIONES DE FELIPE II.

«La distancia de Madrid al Escorial –dice un antiguo viajero francés– es muy semejante a la que hay entre París y Fontainebleau». En efecto, sólo hay ocho leguas entre la capital y el Real Monasterio. Sin embargo, antes del ferrocarril era un viaje pesado y largo. Más de una vez lo hemos hecho en diligencia o en esas antiguas carrozas de tablas amarillas adornadas con pinturas fantásticas y con un tiro de cuatro mulas empenachadas, vehículos que ya no se ven hoy, ni siquiera en España.

Hace algunos años no llevaba menos de ocho o diez horas el recorrer ese camino, que rara vez se hacía sin maldecir a los vaivenes innúmeros y al asfixiante polvo. Recordamos haber leído en alguna parte que antiguamente, cuando los reyes de España iban al Escorial, se tenía la precaución de regar el camino, operación sin duda muy útil e ingeniosa, pues las mulas de las cuadras reales corrían

6. DAVILLIER, Ch., *Viaje por España*, ilustrado por GUSTAVE DORÉ. Traducción de Isabel Gil de Ramales. Prólogo y notas de Arturo del Hoyo. Madrid, Ediciones Giner, 1991, 4 vols.

7. *Ibíd.*, pp. 58-65 del tomo IV.

siempre a galope tendido. Desgraciadamente, a nadie se le ha ocurrido practicar este riego para los viajeros vulgares.

Todo el mundo conoce la tradición, según la cual se fundó El Escorial para conmemorar la victoria de San Quintín. «Los españoles —dice uno de los combatientes que habían sobrevivido al desastre— hubieran podido llevar a cabo un total exterminio de las fuerzas de Francia y quitarnos todo recurso y toda esperanza de resarcirnos. Pero parece ser que el Supremo dominador, el Dios de las Victorias, los detuvo de pronto». Felipe II, al que se llamaba «el Prudente», justificó su nombre al no marchar sobre París. Sí hizo realmente el día de la batalla el voto de erigir a San Lorenzo, después del triunfo, un magnífico templo en recuerdo del día de su fiesta (10 de agosto de 1557). Es muy difícil de creer que ese voto hubiera sido inspirado por un terror pánico, como frecuentemente se ha pretendido ⁸.

Sea una cosa u otra, el Real Monasterio de San Lorenzo fue inaugurado por orden de Felipe II en 1563, cinco años después de la batalla de San Quintín. Los planos del edificio se han atribuido, por lo menos en parte, a diferentes arquitectos franceses e italianos. Así, Vincenzo Danti y d'Aviler creen que los de la iglesia se deben a Vignole. También se menciona a Palladio, y Voltaire dice, incluso, en su *Essai sur les moeurs*, que «el Escorial fue construido según los planos de un francés». El francés en cuestión es Luis de Foix, el que construyó la torre de Gordoun en la desembocadura del Gironda. Este arquitecto ha residido en España en tiempos de Felipe II y desempeñó incluso un papel en la historia de don Carlos, triste papel, ya que traicionó la confianza del desgraciado príncipe, favoreciendo su detención. Pero no está demostrado en absoluto que el arquitecto francés, del que se ha querido equivocadamente hacer un simple albañil, haya contribuido de cualquier manera en la construcción del monumento.

La verdad es que los planos de El Escorial han sido trazados por un arquitecto español, Juan Bautista de Toledo. Este mismo construyó una de las calles más conocidas de Nápoles, la *Strada di Toledo*. Aprobados sus planos por Felipe II, puso el mismo Juan Bautista la primera piedra del edificio el 23 de abril de 1563, en presencia del rey y de los frailes jerónimos que debían habitar el con-

8. SIGÜENZA, J. de, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, t. 12, pp. 403-405.

vento. La siguiente inscripción, que aún existe, fue colocada en recuerdo de su fundación bajo la silla del prior, en el refectorio:

DEUS O. M. OPERI. ASPICIAT
PHILIPPUS. II. HISPANIARUM. REX.
A FUNDAMENTIS EREXIT
M. D. LXIII.
JOAN. BAPTISTA. ARCHITECTUS.
IX. KAL. MAII.

Juan Bautista murió en 1567. Ya casi estaban terminados los cimientos. La continuación de las obras se confió a otro español, al célebre Juan de Herrera, y al ingeniero italiano Pacciotto, que modificaron algo el plan primitivo. Este edificio se acabó en 1583, año de la muerte de Felipe II.

Cada viajero ha juzgado El Escorial a su manera y según su impresión particular. Viéndole por vez primera, el sentimiento predominante es de tristeza. Ciertamente es grandioso e imponente, pero esta masa enorme de granito, parecida a una necrópolis, deja una impresión de lo más lúgubre.

Las primeras veces que visitamos El Escorial nos guió un ciego llamado Cornelio, que formaba parte, por así decir, del personal adjunto al monumento, y él mismo era una de las curiosidades del lugar. Este Cornelio era un viejecillo seco y flaco que pasaba la vida guiando a los extranjeros en un laberinto de patios, claustros, escaleras, salas, etc. Rara vez se equivocaba. Sin embargo, un día de los que nos guiaba sucedió que descuidó sin duda uno de sus puntos de referencia; le hicimos notar que un fresco cuyo asunto nos explicaba estaba situado precisamente en la pared opuesta a la que nos señalaba con el dedo. Nuestra observación molestó vivamente al buen hombre, que era, por lo demás, muy susceptible, y nos dejó allí plantados sin más explicaciones. Ya hace algunos años que murió el pobre Cornelio, pero la última vez que visitamos El Escorial, hace dos años, fuimos asaltados por varios guías que se decían todos hijos de Cornelio, aunque el ciego, según nos dijeron, murió célibe ⁹. El guía

9. El ciego Cornelio ha sido, junto con la ciega de Manzanares, uno de los tipos populares más interesantes del siglo XIX. La revista madrileña *El Museo Uni-*

que nos acompañó, y que parecía ser un antiguo soldado, era un ser muy original que hacía marchar a paso militar a los visitantes. Nos hacía el efecto de un sargento instructor mandando la instrucción a sus reclutas, y cuando alguno de nosotros se sonreía ante alguno de los disparates que recitaba con imperturbable sangre fría, lo apostrofaba violentamente, y en ciertos casos hasta nos obligaba a admirar cuando le parecíamos demasiado fríos.

Se dice que el arquitecto de El Escorial ha dado al edificio la forma de una parrilla. Esta singular disposición tiene por objeto honrar la memoria de San Lorenzo, diácono español que fue martirizado en Huesca el año 258 por orden del emperador Valeriano. Las circunstancias de su martirio, que son muy conocidas, han sido contadas en detalle por el poeta Prudencio de Tarragona ¹⁰.

Debemos confesar que es casi imposible encontrar en el monumento la forma de la parrilla de San Lorenzo, a menos que se suba hasta la linterna que remata la cúpula de la iglesia. En esta elevada situación se divisa, a vista de pájaro, la disposición del edificio. Las grandes torres cuadradas colocadas en los ángulos ocupan los pies de la parrilla, y los patios interiores representan los huecos entre las barras. En cuanto al mango, está representado por los pabellones de palacio. Por otra parte, se encuentra a cada paso, en los detalles de la decoración, el instrumento de suplicio de San Lorenzo. Esta observación fue hecha hace mucho tiempo. «Se han representado parrillas en todas partes —dice un viajero del siglo pasado—. Hay parrillas pintadas, parrillas de hierro, de madera, de mármol, de estuco; parrillas en las puertas, en los patios, en los cruces y en las galerías. Jamás un instrumento de martirio fue honrado de tantas maneras. Por mi parte, no hay vez que vea una parrilla que no sueñe con El Escorial».

Nuestro guía no nos perdonó ninguna cifra al enumerar las maravillas que encierra El Escorial: tiene forma de un paralelogramo con ciento noventa metros por ciento cincuenta; cuenta sesenta y tres fuentes, ochenta escaleras, doce claustros, dieciséis patios y, para acabar, once mil ventanas, en recuerdo de las once mil vírgenes de Colonia. Estas cifras, que nos parecieron fantásticas, varían por lo demás, según la imaginación de cada guía, y nadie, que sepamos, ha tenido la idea de comprobarlas.

versal (1858) publicó un retrato de Cornelio, ya anciano. Para más noticia del personaje, véase la *Historia del Monasterio de El Escorial*, de Rotondo.

10. Además de Prudencio, Gonzalo de Berceo le dedicó al santo un poema escrito en cuaderna vía.

Penetremos en el monumento. Al entrar, notaremos al lado de una colosal estatua de San Lorenzo las quijadas de una ballena que se cogió en 1574 en aguas de Valencia. Hemos visto curiosidades de esta clase conservadas desde siglos en varias catedrales de España, principalmente en la de Sevilla. El primer patio que atravesamos se llama el Patio de los Reyes, por las seis estatuas colosales de seis reyes de Judá que le adornan. Están hechas de piedra del país, salvo la cabeza, las manos y los pies, que son de mármol blanco. Las coronas, cetros y otros atributos son de bronce dorado al fuego, y nuestro guía no dejó de decirnos su peso exacto.

Un corredor sombrío conduce a la iglesia que se llama el Templo de San Lorenzo. El aspecto general es frío y triste, pero el conjunto es grandioso y verdaderamente imponente. La bóveda plana, una de las mayores que existen, es de un atrevimiento sorprendente. Por encima del altar mayor se alza un gigantesco retablo, quizá el mayor que haya en toda España.

A la derecha del altar se encuentra el relicario donde Felipe II había reunido una prodigiosa cantidad de reliquias. El P. Ximénez, que era uno de los frailes de El Escorial, hace una curiosa enumeración de estas reliquias, comprendiendo once cuerpos enteros, ciento tres cabezas de santos, entre las cuales figura la de San Lorenzo, seiscientos brazos, etc. Ximénez, autor de una *Descripción del Escorial* que tenemos ante nosotros, asegura que las reliquias ascendían en su tiempo (1764) a más de trece mil y que había algunas de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y, añade, que incluso de los profetas que anunciaron la venida de Cristo. Los relicarios estaban adornados de oro, plata y piedras preciosas, y hay pocas iglesias que posean un tesoro tan rico. La mayor parte de estas maravillas ha desaparecido desgraciadamente durante la guerra de la Independencia, principalmente una estatua de San Lorenzo, cuyo valor intrínseco era enorme.

El panteón es una de las partes más curiosas de El Escorial. Está colocado debajo del altar mayor, y su riqueza en mármoles y bronces desafía toda descripción. Su forma es octogonal, y los nichos destinados a recibir a los reyes son treinta y seis. A pesar del lujo de la ornamentación, la impresión que se experimenta al penetrar en esta morada de los muertos es de lo más lúgubre, y el frío glacial que le penetra a uno hasta los huesos contribuye a aumentarla aún más. El panteón está reservado a los reyes y a las reinas de España y a sus madres. Los cuerpos de los infantes y de otros príncipes se

depositan en otro panteón, el Panteón de los Infantes, que también se llama a veces el Pudridero. Entre los cuerpos que están allí depositados mencionaremos el del Duque de Vendome, hijo natural de Luis XIV, que fue colocado en esta real compañía lo mismo que Turenne lo fue en Saint Denis.

No olvidemos tampoco el cuerpo del infortunado Don Carlos. Ya se sabe cuántas fábulas se han hecho alrededor del hijo de Felipe II. Este niño, de índole extraña y enfermiza, que se dice mordía el seno de sus nodrizas, mostró después un carácter salvaje e indomable. «Le gustaba mucho —dice Branthome— querellarse con la espada, fuese de día o de noche. Estando yo en España me dijeron que su zapatero le había hecho un par de botas muy mal; las hizo dividir en pedacitos y freír como si fueran tripas de buey y se las hizo comer todas al zapatero delante de él en su habitación».

Parece fuera de dudas que la muerte de Don Carlos fue natural, pero durante mucho tiempo se ha creído que se había suicidado, e incluso que había sido ejecutado por orden de su padre.

La biblioteca es una de las piezas más bellas y más grandiosas de El Escorial. Está hecha de magníficos mármoles y pórfido; armarios de ébano, de caoba y de otras maderas preciosas, forman su espléndido mobiliario. Las pinturas que decoran las diversas partes de la sala se relacionan con la clase de las obras sobre las cuales están colocadas. Notamos las que tratan de la lingüística, de la filosofía, de la astrología, de la música, etc. Una particularidad que asombra a la mayoría de los visitantes, y que no hemos visto en ninguna otra biblioteca, es que los libros, en vez de estar colocados como es costumbre, presentan al espectador el canto en el que se leen los títulos escritos de arriba a abajo y no horizontalmente. Según parece, esta costumbre se remonta al siglo XVI. El erudito español Arias Montano, cuya biblioteca sirvió de origen a la de El Escorial, tenía costumbre, a lo que parece, de colocar sus libros de esta manera, y se adoptó este método quizá para evitar romper la uniformidad. Esta disposición fue sin duda adoptada porque los cantos, más anchos que el lomo, ofrecen más espacio para el título y no presentan el inconveniente de los salientes producidos por los nervios, salientes muy pronunciados en las encuadernaciones antiguas.

No olvidemos una de las curiosidades más interesantes de El Escorial: la zona ocupada por Felipe II, donde el sombrío monarca, lo mismo que Carlos V en Yuste, vivió como un fraile más que como rey. Estas humildes piezas, más que modestas, contrastan por su

sencillez con la riqueza de las otras partes del monumento. Se enseñan hoy a todos los visitantes, pero antiguamente nadie podía penetrar y ni siquiera los grandes personajes eran admitidos en ellas. En vano fue que Saint-Simon, a pesar de su calidad, intentara entrar cuando estuvo seis días en El Escorial.

Antes de dejar El Escorial, demos una vuelta por las habitaciones reales, que representan, como ya hemos dicho, el mango de la parrilla en el plano del edificio. Antiguamente era la residencia de los reyes de España, y todos los años venían aquí a pasar seis semanas. Notamos un cierto número de tapices ejecutados, según los cartones de Goya, en la fábrica de Santa Bárbara, de la que ya hemos hablado. Estos tapices, que representan escenas campestres, de toreros, etc., ofrecen un interés especial, porque son completamente españoles, tanto en la composición como en la ejecución. Señalemos también, de pasada, a los aficionados a las cerraduras, los cerrojos y las fallebas de algunas habitaciones, cincelados en acero hacia fines del siglo pasado con una rara perfección.

El Escorial ya no es hoy lo que era antaño. Los frailes jerónimos, orden que antiguamente fue tan poderosa en España, han dejado de habitar desde hace mucho tiempo en sus innumerables celdas. Los largos corredores, fríos y húmedos, están casi desiertos, y en los amplios patios de sonoros ecos, la hierba y el moho verdean sobre el suelo y las paredes».

V. CONCLUSIÓN

Sombrío, frío, triste, lúgubre... son adjetivos que marcan la descripción de El Escorial que hace Davillier. Es verdad que estas notas negativas contrastan con las positivas que el autor dedica al monumento, al que en dos ocasiones califica de *grandioso* y otras dos de *imponente*. Y que hace encendidos elogios a su arquitectura, que valora como *atrevimiento sorprendente* y de una riqueza que *desafía toda descripción*.

Sabemos que el relato de un viaje es lo que el viajero mismo. No podemos sustraernos a la subjetividad que lleva consigo el género. Y aunque el Barón de Davillier era un encendido admirador de lo español, como queda expuesto en este trabajo, su posible objetividad queda un tanto disminuida por su gusto por lo pintoresco. Y a este respecto, hay que reconocer que El Escorial no cumple con

el objetivo deseado, no ya por el barón, sino por otros viajeros de la época buscadores de lo exótico.

Los elogios mayores se los lleva la biblioteca, a la que define como *una de las piezas más bellas y grandiosas del Escorial*. El pintoresquismo comentado se subraya con la presencia del ciego Cornelio, una concesión a lo popular. Hay detalles propios del anticuario que era Davillier: esa *rara perfección* que descubre en fallabas, cerraduras y cerrojos. Pero todo ello desemboca en una última nota descriptiva que resume elocuentemente la visión del viajero: *Los largos corredores, fríos y húmedos están casi desiertos, y en los amplios patios de sonoros ecos, la hierba y el moho verdean sobre el suelo y las paredes.*

Si el Symposium se denomina *Literatura e imagen en El Escorial*, creemos que los dos aspectos se hermanan en el *Viaje* de Davillier y Doré. El texto del primero, con una visión no muy entusiasta del Real Sitio, queda complementada con dos grabados del segundo, que acompañamos. Un documento que, estimamos, merecía ser incluido en los objetivos propuestos por el *Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas*.



De la obra de Henry SWINBURNE.